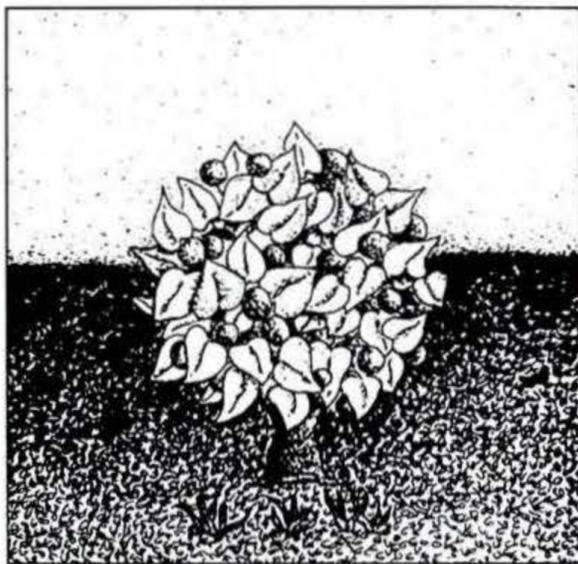


prender la división y especialización del trabajo. Pero tratándose de un esfuerzo por revalorizar una manifestación cultural, extraña la ausencia de una buena descripción del proceso técnico seguido por los imagineros en la elaboración de sus tallas; su comparación con los procedimientos coloniales permitiría mostrar hasta qué punto persistieron y se modificaron las prácticas de talla, pintura, dorado y estofado. El texto se cierra con una lista de obras identificadas y atribuidas a Álvaro Carvajal Quintero, Constantino Carvajal Quintero, Clímaco Agudelo Velázquez, Tulio Nieto López, Alfonso Velázquez Duque, Luis Fernando Cardona y Arnulfo Gil Betancourt.



De Juan Manuel Sarmiento se incluye unas consideraciones de carácter didáctico sobre la importancia y la metodología de la identificación y preservación de los bienes del patrimonio cultural, y una relación del proceso de investigación seguido. Finalmente se reproducen treinta obras, entre santos, vírgenes, crucifijos, altares y maquetas, acompañadas de las respectivas explicaciones y ficha técnica.

A pesar de ciertos vacíos que quedan para investigar en nuevos proyectos, *A imagen y semejanza* es un buen esfuerzo por rescatar una expresión artesanal significativa dentro de la historia de la escultura en Colombia. Sus orígenes americanos se remontan a los talleres coloniales quiteños; por más de cuatro siglos se transmitieron las técnicas de maestros artesanos a aprendices. La producción atendió la necesidad de materializar imágenes santas que resultaron indispensables en la propagación de la fe y, con sus atribuidas propieda-

des mágicas, sirvieron de tutela y consuelo a muchos feligreses en su tránsito por el valle de lágrimas.

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

## Flor de un día

### Del arte y el hombre

Francisco Gil Tovar

Ediciones HH, Santafé de Bogotá, 1995, 146 págs.

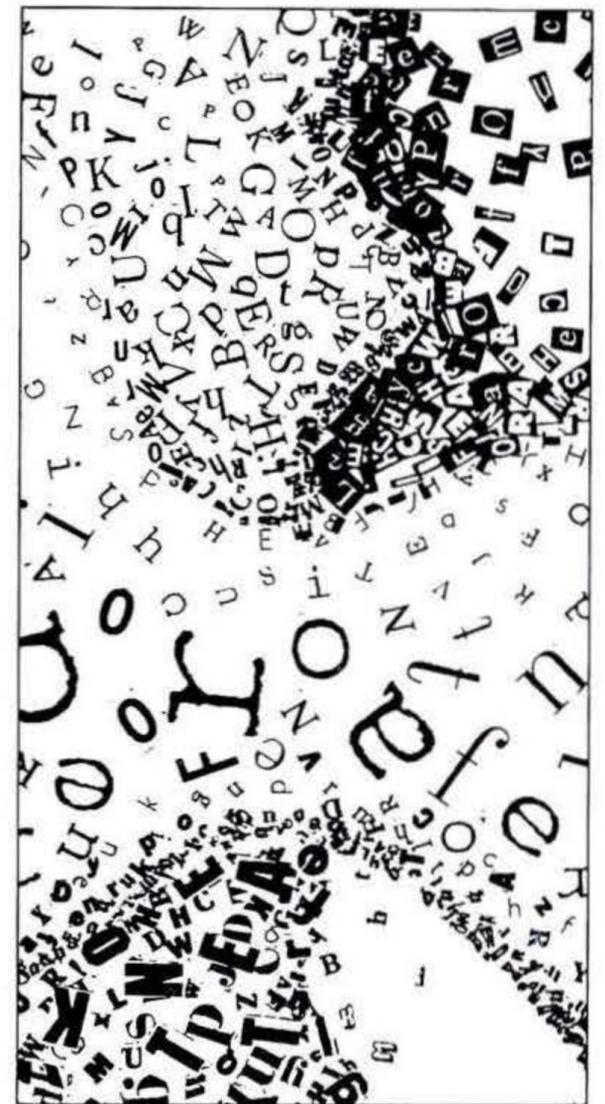
La publicación recoge veintisiete escritos cortos del autor, aparecidos en periódicos y revistas entre 1961 y 1994. La práctica de recopilar en libro una serie de artículos dispersos, hechos para esos efímeros devoradores de textos de un día que son los diarios y las revistas, se justifica sólo como medida para preservar algo que por su valor especial merece ser salvado y puesto de manera expedita al alcance del lector, dos factores que definen tanto la pertinencia como el valor agregado de esta clase de libros.

Pero, por la facilidad oportunista que ofrece, el género se presta a no pocos excesos que engrosan las bodegas de editores y la hoja de vida de algunos autores, quienes prefieren el menor esfuerzo y sobrevaloran, alentados por una buena dosis de vanidad, sus escritos efímeros. No estaría mal que el autor en trance de recopilación le torciera el brazo a su deseo de inmortalidad y se preguntara tres veces sobre la pertinencia de su eventual paternidad bibliográfica: ¿sí se necesita?, ¿quiénes lo van a leer y a releer?, ¿qué se pierde si se pierde?

Un texto que funciona bien en el periódico del día, sacado de su contexto y encuadrado años más tarde junto a otros congéneres, tiene la rara capacidad de dejar ver el óxido implacable de lo que ha dejado de ser. Acaso podrá despertar el interés de la historia o la arqueología en un futuro cuando busquen testimonios de la época, pero preverlo no le es dado generalmente al editor promedio. Con cierta frecuencia,

se encuentra el lector con una serie empastada de cadáveres de letras impresas, producto de la dificultad de los autores de aceptar que, en medio de tanta maravillosa literatura, la mayor parte de la escritura del hombre es efímera a largo plazo y que, por mucho traje de libro que se le asigne, el seguro de vida probablemente no podrá cobrarse mañana ni jamás.

Las notas periodísticas de Gil Tovar, que en su mayoría no superan las dos o tres hojas, comprenden diversos temas relacionados con el arte y el hombre, iluminados por los reflejos inestables de lo que parece ser un humanismo romántico y tardío, en el que a veces se cue- lan elementos de crítica social que no logran cuajar por una suerte de velado temor y de especulaciones filosóficas que oscilan entre lo superficial y la exposición confusa y por momentos entrecortada.



La estructura de los artículos es eminentemente periodística, en el sentido en que cierto estilo de periodismo nos tiene mal acostumbrados: alusión general a unos temas, argumentos puestos aquí y allá dictados por la libre ocurrencia, pizcas de citas, palabras vertidas sin mayor rigor y escasa belleza.

## HUMOR

algunas ideas interesantes que quedan literalmente crudas, sucesivos interrogantes que quedan sin respuestas, improvisación revestida de ropajes filosóficos.

Por desgracia, el lector de este conjunto de textos obtiene poca claridad y menor disfrute. Dado el exigente límite del medio impreso para el cual estuvieron destinados, cabría esperarse que operaran con la utilidad y eficiencia de una pieza de relojería a la que no hay que darle cuerda. Que fueran justamente puntuales, esclarecedores, o al menos provocadores en cuanto a los planteamientos o perspectivas que arrojaran sobre el tema. Tal es la utilidad que no ofrecen estos textos que ayer florecieron en el agua efímera de un periódico y hoy lucen como yertas piezas de un herbario. Para evitar una indecente disección del espécimen, el editor del Boletín y el hipotético lector sabrán excusar la brevedad de esta reseña.

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

## “Yo no clono, no he clonado, no clonaré”

Aspectos psicológicos del calzoncillo  
Daniel Samper Pizano  
El Áncora Editores, Santafé de Bogotá,  
1995, 246 págs.

Hace tiempo recojo material para escribir (algún día) una historia del humor bogotano. ¿Por qué del humor bogotano? Porque encuentro en éste una serie de características muy especiales, dignas de un seguimiento histórico mayor que el que hasta hoy se le ha dado.

Por una parte, se trata del convencimiento de que en buena medida la historia de Colombia sólo puede ser comprendida a través del absurdo, y no poco a través de esos apuntes breves, gracejos y calambures epigramáticos, chispazos de estirpe inglesa si se quiere, enrazada con algo de esa presunta melancolía del viejo “orejón” sabanero, que no es la misma melancolía de la raza indígena, de la cual hablara Armando Solano.

Por otro lado, creo que el humor del bogotano sólo puede ser comprendido desde dentro, habiéndolo vivido o contemplado a contrapelo en los círculos sociales en los cuales florece. Algo más: encuentro muy difícil, cuando no imposible, que este humor sea entendido en su debida forma por el “provinciano”. Me refiero al humor del bogotano raizal, del cachaco puro, del rolo del Jockey Club, el del gracejo, el del chispazo fino, inesperado, nunca vulgar, siempre pertinente.



Desde la desaparición de Klim, el portaestandarte de esta tradición ha sido Daniel Samper Pizano. Con altibajos y todo, personalmente veo en sus libros de los últimos dos o tres años un retorno al humor, del cual —me parece— se estaba alejando progresivamente. Entre los cultores de Samper, lectores también de las novelas bogotanas de Salom Becerra y de Enrique Caballero Escovar, ha hecho carrera la idea, nada descabellada por cierto, de que los mejores libros de Samper son los primeros. Y no porque su humor entonces fuese más espontáneo y natural, amparado por la sabia férula de su maestro Klim, sino porque en aquel entonces —estoy hablando de los años setenta—

cada libro era una amplia recopilación de varios años de trabajo incansable. Me refiero, es el caso, a libros como *A mí que me esculquen*, o *Dejémonos de vainas*. Gracias a este mayor rigor selectivo, estos libros condescendían menos al ripio y a la repetición de la repetidora en un cansado bogotanismismo que cuando pierde su frescura se convierte en simple “jartera” de conversación insulsa de club social.

Ahora Samper despunta en una nueva etapa, más canoso (¿o más calvo?), más filosófico, más escéptico, más consciente de su aceptación final de la vida como es, simple y desnuda, con una especie de resignación filosófica que empieza y termina por descubrir con cierto alborozo los sucesos más menudos y trillados de la vida diaria, lo que todos pensamos a alguna hora del día, pero que no logramos poetizar en modo alguno; y si no logramos poetizarlo, diría Samper, por lo menos riámonos de ello y escribámonlo en el único género verdaderamente serio: el humorístico.

Misceláneo como de costumbre, sus temas abarcan desde el arte de comprar calzoncillos hasta los terrores que sufren las madres delante de los mugres que sus hijos pequeños levantan del suelo y proceden a comer, pasando por el sexo después de los cincuenta, la importancia de la secretaria (no tiene nada que ver con el tema anterior), las épicas batallas entre secretarias para lograr que el jefe de la otra pase primero al teléfono que el suyo, o el terrible síndrome de los contestadores automáticos y su pito intimidante... Se trata de lo aparentemente poco importante, de los detalles cotidianos inadvertidos, a menudo ridículos, extravagantes o simplemente risibles; en suma... de la vida común y corriente de cada uno de nosotros.

Ahí tenemos las llamadas aterradoras a las tres de la mañana a Madrid (España), desde Colombia, por despistados que olvidan la diferencia horaria, las peleas conyugales por el manejo del control remoto del televisor, las trifulcas (en donde mujeres y hombres comparten el baño) debidas a lo que García Márquez anotó en *El amor en los tiempos del cólera*: “El inodoro tuvo que ser inventado por alguien que no sabía nada de hombres”.